



Tropas marocquinas en Tesalia

inocente, no puedo permitir que lea ese libro.

— Juan. — Y quiere usted que el Papa, que es padre de todos los niños inocentes, de todas las personas ignorantes, lo permita?

Curiosidades

Cuéntase que antes de entrar el Japón en vías de civilización europea, cuando se ponía enferma una suegra había que llamar a 423 médicos para que la reconociesen.

CENIZAS SAGRADAS

No falta quien pregunte si los ríos de sangre que surcan los campos de batalla dejan árida la tierra o si por el contrario se debe creer que, en las regiones devastadas durante meses y meses por el hierro y por el fuego, germinará el heroísmo que en ellas se ha derrochado.

La respuesta no tiene vacilar un solo instante a todo el que sepa que nunca se pierde ninguna de las simientes que se echan en los surcos. Y con efecto, hay algo más que recuerdos conmovedores y emocionantes en las ruinas anonadadas por la avalancha invasora la cual se va viendo poco a poco obligada a ceder an-

te a preparar la cama con los otros dos caminos de paciencia. La noche nos cogió en el monte, en la trocha. Se imaginara alguno nuestra caminata fantástica por entre la selva alambicada con una esperanza!!! Tenía tres piernas: una muy buena, otra de mala clase y un bordon pero muy buena muñeca. Los dos primeros peones salieron a encontrarnos y entramos a casa como triunfadores con luces encendidas, a las 7 y 1/2 de la noche. A la capilla fuimos a dar las gracias más rendidas a Dios y a la Virgen por una excursión tan favorecida.

la fuerza creciente de los aliados.

La cruzada de los pueblos coaligados para defender a Europa y a la libertad del mundo contra la barbarie organizada que pretendía avasallarnos, encontrará en los campos de batalla, en los que tantos y tantos muertos reposan, enseñanzas que no podrían menos que asegurar su persistencia y consolidar su unión.

A estas cenizas sagradas, —esqueletos de iglesias, restos informes de lo que fue una aldea, a veces ciudad importante,— el homenaje del recuerdo que consagra, les conserva, animado por la pluma, el lápiz o la fotografía, un aspecto que conviene se fije perennemente antes que se reanude la vida y se levanten las ruinas, aspecto que a un tiempo hace justicia a víctimas y verdugos y que constituye una salvaguardia necesaria contra olvidos de demasiado género optimista o fáciles.

El precioso álbum que inaugura la serie consagrada a la inmortal victoria del Marne, con el título justísimo de «LA TIERRA SAGRADA», merece que se hojee con piedad y reconocimiento. Esos paisajes de la Isla de Francia tal y como los ha dejado la guerra atroz, se contemplan con la religiosa emoción que oprime el alma en los umbrales de un cementerio, a todo el que piense en la enorme cantidad de beneficios acumulados para la generación presente y para las venideras por los muertos de los que depende y de los cuales procede la vida recibida de los antepasados. Tierra doblemente sagrada pues en ella se contuvo la avalancha de los bárbaros y en ella se juega actualmente el destino del mundo civilizado entre Foch y Ludendorff, tierra bendita en la que se rechazó a los conquistadores que creían ya tener a París bajo su férula. Las ilustraciones que reproducen los dibujos originales de Fernand Combes y el texto en el cual José Roussel-Lépine evoca en prosa y en verso las escenas de la gran batalla, se completarán con los relatos, los retratos y los cuadros que Charles Le Goffic trazó día por día para fijar y mantener vivas sus impresiones.

A esa compilación se ha dado el título de «LA GUERRA QUE PASA» y en verdad la lectura de ese libro nos ofrece la imagen de la guerra y de sus héroes obs-

curios o famosos. Pero si la guerra pasa, —muy lentamente por desgracia para los que la padecen, guerra cruel para las víctimas y para las familias de las víctimas, más dura tal vez para los que sobreviven que para aquellos que han caído en plena juventud,—es preciso, es indispensable que el «recuerdo» se conserve inmortal, que no se pierda la lección de tantas cenizas dispersadas por el viento. Esas cenizas impalpables, que con frecuencia son lo que solo encuentran los desdichados que vuelven al país natal, los padres de ese infinito número de soldados que detuvieron la avalancha alemana, como no han de ser mil veces sagradas para todos los franceses?

Cuando se vuelven a leer los bocetos diarios trazados por los cronistas de la guerra, cuando se contemplan las elocuentes ruinas, las cruces de madera, las tumbas, los cementerios a que dan sombra las banderas y que en todas partes señalan la «tierra sagrada» en la que se decidió la suerte de Francia y del mundo, del cual ella es la frontera, se comprende que la memoria de los héroes que cayeron en el campo de honor siga siendo la «santa valle» que salvó al mundo del avasallamiento.

Útil es, pues, no tan solo para la gloria de los que sobreviven, que se conserve a las generaciones, llamadas a aprovechar del sacrificio, el aspecto de esos lugares sellados con sangre.

Los campos de batalla del Marne, Chantilly y Barcy inauguran la colección de álbumes ilustrados en los cuales se nos promete enseñarnos «la Francia dolorida de Noyon, Roye et Chauny, la Francia victoriosa en los pantanos de Saint-Gond, tumba de la guardia prusiana, los paisajes de la batalla del Aisne y todas las fases de esa campaña de Francia que constituirá la salvación de Europa de la pesadilla alemana. Después de las devastadoras llamas que redujeron a polvo ciudades y aldeas, los esplendores de una alba nueva arrojarán las sombras y a los bárbaros para derramar sobre las «cenizas sagradas» que nos quedan, todas las esperanzas que puede permitirse una raza que no quiere ni debe desaparecer.

EUGENE GRISSELLE

Secretario general del C. C. P. F.